

“... También sé yo escribir prosa historial cuando quiero”:

El triunfo de la fe en los reinos de Japón

de

Lope de Vega.

Antonio Carreño

Brown University

Debió ser sorprendente. El treinta de enero de 1615 llegó la embajada japonesa a Madrid vestida con atuendo oriental. Al frente del desfile, iba el embajador del país del sol naciente, el samurai Hasekura Rocuyemon. Presentó sus credenciales a Felipe III, a quien reconoce como “el sol que alumbra la mayor parte del mundo”, y anuncia que procede del reino “que carece de la luz del Cielo”. Le pide al monarca que envíe más religiosos “para que el pertrecho de conocer a Dios y a su Santa Ley, no sólo fuese suyo, sino de todos sus vasallos” (Lee 9).



Unas semanas más tarde, en la capilla de las Descalzas Reales, el samurai adoptó la fe católica. Ante la presencia de Felipe III y de la reina de Francia es bautizado con el nombre cristiano de Felipe Francisco. Fue apadrinado por el poderoso duque de Lerma y la condesa de Barajas. Con el nuevo nombre rendía homenaje al monarca español y al fundador de la orden de los Franciscanos, pioneros por tierras de Japón. Tal conversión y bautismo, al igual que la exultante ceremonia religiosa, con la presencia de las más altas jerarquías del Imperio, conmocionó el sentir del pueblo madrileño y de su Corte al verse enaltecida como Poder y como abanderada de la religión católica. En “acabándole de echar agua”, describe un noticiario, “empezó la Capilla Real el *Laudate Dminum*, con chanzonetas, ministriles y órganos, que parecía la iglesia un Paraíso”. La presencia de Hasekura, vestido exóticamente, “aderezado a su uso, vestido de tela y de chamelote de seda”, con un rosario al cuello, creó expectación y asombro, sobre todo para aquellos que, como Lope de Vega, la historia era con frecuencia una mezcla de hechos acaecidos, a medio camino entre realidad, ficción y mito. De hecho, el arzobispo de Sevilla compara la llegada de tal personaje y de su séquito a la Corte con la de los Reyes Magos a Belén (Cabrera de Córdoba; Gascón de Torquemada; Fernández Gómez).

Al servicio de Date Masamune, daimio de Sendai, el samurai Hasekura Rokuemon (1571-1622) fue elegido para dirigir una misión diplomática. Presentó sus credenciales ante

el rey de España y el papa de Roma. Su misión recibió el nombre de la embajada Keichou, y sigue a la embajada Tenshou, del año 1582. La intención de la embajada era llegar a un acuerdo con la corona española para que Japón estableciera relaciones comerciales con la Nueva España. Hasekura no logró este propósito. Una de las razones a que España se negara a cualquier tipo de pacto fue a causa de que se había iniciado la persecución de los jesuitas. La información sobre la embajada es prácticamente nula. No existen fuentes directas de ningún tipo. Murió un año después de su vuelta a Japón (Pazó Espinosa).

Durante el llamado *Siglo ibérico* en Japón (1543-1640), resume Elena Barlés Báguena, “se establecieron intensos contactos entre Japón y los países de la Península Ibérica gracias del desarrollo del comercio y a la presencia de misioneros cristianos que iniciaron la evangelización del país”. Tuvieron como resultado la circulación de diversos textos en forma de cartas, historias, crónicas o relatos, breves ensayos e informes. Tanto comerciantes y viajeros, como aventureros, diplomáticos, y misioneros, ayudaron al conocimiento de Japón y sus gentes. De todos estos testimonios escritos, continúa Elena Barlés Báguena, “los más numerosos y, sobre todo, los que lograron plasmar de una manera más completa, profunda y fidedigna la realidad histórica, cultural y artística del Japón de aquel tiempo fueron los redactados por los misioneros, en especial los padres jesuitas”. Sus escritos, objetivos, basados en la observación directa, muestran un gran interés por conocer con profundidad la realidad japonesa. Sobresalen, entre otros, Alejandro Valignano (1539-1606), Luís Fróis (1532-1597), João Rodrigues (1561-1634).



Lope se hace eco de inmediato de tal presencia. Le mueve a escribir el relato *Triunfo de la fe en los reinos del Japón* (1618), que califica de “prosa histórica”, y por la misma fecha la comedia *Los mártires de Japón*. La comedia, cuya autoría se ha puesto en entredicho, representa, con vistosos aires exóticos, la muerte de los cristianos japoneses en defensa de la nueva Fe. La comedia se escribe por encargo del canónigo real don Pedro Fernández Navarrete. Le pedía que se representase en ella el martirio de su hermano, el fraile dominico Alonso Navarrete (Lee). A tal “gloriosa muerte” alude fray Francisco Morales en carta que, escrita el 12 de marzo de 1618, dirige a Alonso Navarrete, comentando la noticia de la muerte de su hermano, que tuvo lugar a primeros de junio de 1617. Le refería los elementos que podrían formar el drama trágico de tal martirio. Incluso le envió una gota de sangre del mártir, la espada usada en la decapitación, una carta del fallecido y una relación en que se describía el martirio de Navarrete. Este pereció junto al agustino Hernando de San Juan de Ayala, y el japonés llamado León. El fraile Alonso de Mena, primo de Navarrete, en carta a su madre le describe el martirio de Navarrete. La exposición, tanto literaria como histórica, del martirio de Navarrete, fraile dominico, también tenía por objetivo legitimar, ante la rivalidad con los misioneros jesuitas, la destacada presencia de los frailes predicadores en su misión en Japón, y obtener su posible apoyo económico por parte de la Corona española (Sicado).

El jesuita Francisco Javier fue el gran adelantado en la evangelización en tierras japonesas. Ya en 1549 había instalado su primer núcleo religioso. Y a principios del siglo XVII le siguieron los frailes dominicos, franciscanos y agustinos, disputándose entre ellos el control o la hegemonía de una Orden frente a otra. La evangelización avanzó con gran éxito. De una población que rondaba los doce millones contaba, en la tercera década del siglo XVII, con unos setecientos mil japoneses convertidos al cristianismo. Constituye el llamado “siglo cristiano” de Japón, que oscila entre 1549 y 1639 (Boxer; Brown 872-906). De ahí que en 1614 se prohibieran las prácticas religiosas cristianas ante el temor de que los nuevos creyentes perturbaran la integridad política del imperio. Su obstinación desencadenó la persecución y el martirio. Se cree que murieron unos tres mil japoneses en defensa del catolicismo. Las noticias llegaban a la Corte española por medio de cartas, relatos y crónicas que enviaban las Órdenes religiosas en demanda de asistencia y de reconocimiento de los nuevos mártires de la Fe en el Lejano Oriente. Las descripciones, a veces pintorescas, a veces exageradas y sensacionalistas, de las crueldades y del martirio sufrido por los nuevos creyentes, tenían también como objetivo el recabar apoyo institucional en la expansión del poder religioso. Los noventa años de esta activa propagación de la nueva Fe quedaron zanjados en 1639. Japón cerró definitivamente todo contacto con los países católicos allende los mares.¹

¹ Entre los siglos XVI y XVII había viajado desde Europa navegantes, mercaderes o misioneros. La estrecha relación existente entre las actividades de los mercaderes y los misioneros queda reflejada en la obra de todos ellos. La mayoría de las fuentes de esta época de las que disponemos fueron escritas por estos últimos. Se centran en la evangelización del Japón y en los conflictos que surgieron entre los jesuitas y las Órdenes Mendicantes, y han sido objeto de no pocos estudios. Más escasas son, en cambio, las *Relaciones* de los mercaderes, en las que escriben lo que ven en sus viajes. Destaca la *Relación del Reino de Nipón* del castellano Bernardino de Ávila Girón. Aunque apenas se conocen datos sobre su persona, el valor histórico de su obra es indiscutible, especialmente para el estudio de la ciudad de Nagasaki en la cual vivió más de diez años. En sus escritos describe detalladamente cuestiones relacionadas con las prácticas religiosas de los ciudadanos de Nagasaki, y de las distintas acciones que las autoridades japonesas tomaron para descristianizar la ciudad después de que en 1614 Tokugawa Ieyasu prohibiera el Cristianismo en Japón (Tronu Montané). Sobre los primeros emisarios europeos llegados al Japón, consúltese el estudio de Brown, así como los de Sadler y Solá-Castaño.

Le habían precedido diez años de guerras civiles. Hideyori, hijo de Toyotomi Hideyoshi (1537-1598), logró unificar los varios reinos japoneses bajo su mandato. Al morir, le sucedió su hijo Toyotomi Hideyori, de seis años, quien estuvo bajo la tutela de cinco regentes. Uno de ellos, Tokugawa Ieyasu (1543-1616) se hizo con el poder en 1600, derrocando a los otros regentes. La madre del infante, temiendo por su vida y la de su hijo, se refugió en la fortaleza de Osaka, apoyado por sus vasallos y varios jefes militares, que pretendían recuperar el poder. En esta coyuntura, tanto los jesuitas como los dominicos y el resto de los misioneros, viendo que Ieyasu se proponía eliminar a los cristianos, se pusieron a favor de Hideyori con la esperanza de que éste lograra derrotar a su rival y obtener su favor y protección. Las tornas no fueron favorables. Ante la amenaza de un ataque por parte de Hideyori, Ieyasu reaccionó de forma dramática: atacó la fortaleza de Osaka, y ante su inminente rendición, Hideyori y su madre se suicidaron. Esta dejaba a un niño infante que Ieyasu ejecutó. Tal victoria marca el comienzo de la dinastía Tokugawa que permaneció en el poder hasta 1868. Las noticias sobre estos hechos llegaron a España a través del embajador de Nueva España, Sebastián Viscaíno quien, a ruegos del Virrey Diego de Velasco, visitó Japón por estos años y escribió la relación de tales hechos. Se fecha el 8 de febrero de 1614. Detrás de tal visita había obvios intereses económicos: el posible intercambio de comercio entre México y la extensa zona de Nueva España y el descubrimiento de las codiciadas “Islas de Oro y Plata”, que creían estar cercanas a Japón. La noticia clave que hace reverdecer la imaginación de quien la asume como posible argumento literario, como crónica (*Triunfo de la fe*) y como drama representable (*Mártires de Japón*), es el martirio del Padre Navarrete, el de otros frailes dominicos, el asedio a la fortaleza de Hideyori, y el suicidio de este y de su madre. El motivo del príncipe desterrado de su reino y encarcelado, cuyo deber es el de recobrar el reino que le pertenece, presenta obvias resonancias calderonianas. Una de ellas en *La vida es sueño* de Calderón. La figura histórica de Alonso Navarrete, beatificado por el Papa Pío IX en 1867, central en la trama de la comedia, se desarrolla paralelamente con la trama secundaria: el contexto histórico que motivó su persecución y martirio, ya dentro del género de la comedia hagiográfica. Lope se destacó por el gran número de piezas que dedica a este género, muchas de ellas escritas por encargo tal como posiblemente fue los *Mártires de Japón*.

Años antes desarrolla Lope el mismo motivo: el martirio de ocho cristianos japoneses entre 1614 y 1615, asociados con las misiones de los Dominicos en Japón (Morejón; Nyki 305-23; Carrero). Así se lo hace saber Lope al duque de Sessa en carta escrita en julio de 1617, y años después (1621) en la “Segunda parte” de *La Filomena*, dedicada a doña Leonor Pimentel: “Yo canté, finalmente, / los mártires japoneses, / porque mi voz no agradeciese sólo / el mar que el Duero, el Tajo, el Betis bebe, / sino el que tiene por cenit el Polo / más oriental [...]” (vv. 1239-44).

Verso historial

Semejantes encargos había dado origen, unos veinte años antes, y dentro del período que hemos tildado *de iuventute*, al *Isidro*, un extenso poema hagiográfico, escrito en quintillas, que narra las vicisitudes del santo patrono de Madrid en su camino hacia la santidad. El relato está basado en parte en las investigaciones genealógicas llevadas a cabo por el fraile dominico Domingo de Mendoza con objeto de iniciar el proceso de beatificación del santo madrileño. Lope asume que los documentos son, de acuerdo con el fraile dominico, “todos ellos son verdaderos y fidedignos”. Otra fuente es la *Flos Sanctorum* (1589) de Alonso de Villegas, que incluye la vida de san Isidro. Es a la vez el *Isidro* un mosaico de otros géneros que están despuntando con gran vigor en la escritura de Lope: romancero, comedia de santos, comedia profana, auto sacramental, novela pastoril a lo divino (*Pastores*

de Belén), lírica profana y sacra. Años después, aunque en octavas reales, escribe el extenso poema histórico *La virgen de la Almudena* (1623), que dedica a la reina doña Isabel de Borbón. Narra el hallazgo de la imagen de la Virgen, en el Almudena, lugar donde los moros medían, durante la Reconquista, el trigo. En el canto III asocia directamente esta imagen con la de San Isidro, y refiere cómo la Virgen salvó al hijo del labrador al caer en un pozo. Aunque el relato del *Isidro* es aparentemente sencillo, lo van configurando una serie de peripecias que hilan, en mágica conjunción, la andadura del villano por el camino de la santidad.

Y en las mismas fechas, Lope da a luz *La Dragontea*, poema épico escrito en octavas, basado también en un relato histórico: los hechos del pirata inglés Sir Francis Drake en tierras del imperio español en el Caribe. El mismo impulso movió la escritura de las *Fiestas de Denia*, y tres décadas después la *Corona trágica*. Sobre la elección de las fuentes sobre *La Dragontea* se desarrolla una ardua polémica. Así, Francisco Caro de Torres, amigo de don Alonso de Sotomayor, que había participado en la campaña de Panamá, escribe en el prólogo de la relación que hace del suceso en 1620, “y porque desta jornada escribió Lope de Vega un libro que intituló *La Dragontea* que anda entre sus obras, movido por la primera información, el cual atribuyó la gloria del suceso a quien no le tocaba, quitándola a quien de derecho se le debe, como el Capitán General”. Por el contrario, Francisco de Borja, amigo de Lope, informa que fue la “Relación de la Real Audiencia de Panamá” la fuente de *La Dragontea*. Es decir, la versión oficial de los hechos favorecía a don Alonso de Sotomayor, Capitán General, señalado por el Virrey del Perú como el héroe de la contienda, pese a que nunca se había enfrentado a las naves de Sir Francis Drake. Para Lope, y de acuerdo con Caro de Torres, el héroe es don Diego Suárez de Amaya, el alcalde de Nombre de Dios.

La Dragontea se hace eco, al igual que *Triunfos de la fe*, de la actualidad inmediata. Lope alude al galeón San Juan en cuya travesía, formando parte de la Armada Invencible, dice haber escrito *La hermosura de Angélica*. Hilan el otro plano los sucesos aparentemente históricos: el naufragio de Francisco Coloma, el viaje de Drake a las Indias, el desastre marítimo y el intento de capturar en Puerto Rico la nave de Sancho Pardo, cargada de plata. La resistencia de la ciudad, advertidos sus habitantes del inminente ataque, seguida de la muerte de Bruto Brown, amigo de Drake, decapitado por un certero proyectil, ennoblece la contienda. La crueldad de los corsarios se intensifica con tintes diabólicos: masacres, violaciones, profanación de templos, crueldades. La muerte de Drake, de acuerdo con el relato de Lope, envenenado por sus correligionarios, venga su obstinación al intentar el asalto de Panamá. El trágico final se cumple dentro del esquema alegórico: astuto, beodo y pertinaz se hunde en los infiernos en el canto final de la obra. En el caso de *Jerusalén conquistada*, escrita en el mismo período, que describimos como de *iuventute*, la historia queda reducida a un vago telón de fondo, al decir de Rafael Lapesa, quien puntualiza: “El poema es fiel a la historia en casi todo lo que no se refiere a la actuación de los españoles, a la figura de Ismenia, y a la coronación de Ricardo” (Carreño).

La biografía del dominico escocés George Conn sobre la reina de Escocia sirvió de fuente directa de la *Corona trágica* de Lope. Escrita en latín (*Vita Mariæ Stuartæ Reginae Dororiæ Galliæ, Angliæ et Hiberniæ Haereditis. Scriptore Georgio Conaëo Scoto. Ad Urbanum VIII. Pont. Max. Romæ, apud Ioannem Paulum Gellium. MDCXXVII. Superiorum permisu*), sale en Roma, en 1624; en el mismo año en Wurzburg, y casi cien años después la publica Samuel Jebb, en Londres, con el título *De vita et rebus gestis Mariæ Scotorum Reginae*. El dominico George Conn (Jorge Coneo en versión de Lope) conoció al Fénix durante su visita en Madrid. Formaba parte del séquito del cardenal Barberini, influyente sobrino del papa Urbano VIII. De acuerdo con el *Diario* de Casiano del Pozo, miembro de la delegación pontificia, el diez de abril se acercó al convento de San Jerónimo el famoso

escritor de comedias López de Vega donde se hospedaba la delegación. Agasajó al sobrino del Papa en dos extensas canciones: “En la entrada del Ilustrísimo y Reverendísimo señor el cardenal don Francisco Barberino, legado *a latere* de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, en los Reinos de España”, y “En la acción de llevar el Santísimo Sacramento el Ilustrísimo y Reverendísimo señor el cardenal don Francisco Barberino, legado *a latere* de nuestro santísimo padre, Urbano VIII en los Reinos de España”. Describe respectivamente la llegada de Barberino a España y su distinguida presencia en la celebración de la fiesta del *Corpus Christi*, que tuvo lugar el once de junio de 1626 (Simón Díaz, “Encuentros”; “La estancia”).

Los epítetos encomiásticos, entrelazados en una serie de imágenes lumínicas y cromáticas, se extienden tanto al prelado de Roma, representado por su sobrino, como a la casa de Austria, Felipe, “Alcides de la santa Nave”, y a la ciudad que acoge a la comitiva: “Pontífices divinos, parte ilustre / de las estrellas desta insigne Villa, / fecunda en reyes, ínclita en monarcas” (vv. 31-33). La asocia con su patrono san Isidro, a quien Lope le había dedicado varias comedias y un ya lejano poema hagiográfico (*Isidro*): “Aquel dichoso labrador divino / que arando cielo y tierra al sol retrata / con inocencia y fe invencible” (vv. 45-47). Los elogios se suceden en torno a la presencia del cardenal Barberino: “Tú, pues, príncipe heroico Barberino, / alto esplendor glorioso de Florencia” (vv. 91-92) y “generoso príncipe divino” (v. 107).

Otra posible conexión con la biografía de George Conn y con su llegada a Madrid en el séquito del cardenal Barberini, y a la vez con Lope, pudo ser la del jesuita, también escocés, Hugh Semple, procurador del Seminario de Escoceses en Madrid, y profesor de matemáticas en el Colegio Imperial cuya inauguración, en 1628, fue celebrada por Lope, en *Isagoge a los Reales Estudios de la Compañía de Jesús*. Vio la luz en obra suelta al poco de ser dictada. Si el acercamiento a Urbano VIII movió a Lope a escribir la *Corona trágica*, a modo de homenaje y en busca de patronazgo, lo mismo sucede con un buen número de poemas que escribe en esta última etapa de su vida. A la ceremonia, que dispuso Francisco Aguado Provincial, confesor del conde-duque de Olivares y de Felipe IV, concurrió la *intelligentsia* local. Lo distinguen las múltiples referencias eruditas, la exposición didáctica de temas escolásticos, llena de sabias observaciones, al igual que las referencias a las ciencias (filosofía, geometría) (Martínez Comeche).

Prosa historial

Para el *Triunfo de la fe* Lope se vale de la crónica que le envía desde Japón el dominico Jacinto Orfanel que, de acuerdo con Cummins, sigue al pie de la letra. Así se lo hace saber al duque de Sessa en la carta mencionada: “Mi estudio estos días ha sido relatar la historia de unas mártires, o más bien una relación, a que ha obligado haberme escrito unos padres desde el Japón” (*Epistolario*, I, núm. 326). Y concluye con énfasis: “que también yo sé escribir prosa historial cuando quiero”. Afirma de este modo que el texto remite a otros testimonios históricos que le sirven de fuente; que es hábil en dicho género entremezclando con frecuencia, como hizo saber en el prólogo a su comedia *Don Juan de Castro*, que “la historia y la poesía todo puede ser uno, habiendo historia en verso y poesía en prosa”. Entre el *Triunfo de la fe* (1618) y la comedia que representa hechos semejantes (*Los mártires del Japón*) han transcurrido un par de años a juzgar por la carta escrita al duque de Sessa (1617) y a la referencia en *La Filomena* (1621). La crónica (*Triunfo*) se basaba en las ejecuciones de los cristianos, que tuvieron lugar entre 1614 y 1615. Se lo dedica Lope al Baltasar Sandoval, Cardenal de la Santa Romana Iglesia y Deán de Toledo. Y observa con el fin de “ofrecer alguna cosa a la virtud y grandeza de Vuestra Ilustrísima doy a luz este fragmento de Historia sacra, pareciéndome que si la color de su dignidad se tomó del martirio, no es fuera de propósito dedicársela, y que no era posible desearle más autoridad que su protección, ni más

luz que su sombra”. La comedia tuvo como motivo central, como ya indicamos, la ejecución de fray Alonso de Navarrete, que muere en 1617.

Puntualiza Lope sobre *Triunfo de la fe*: “Mi asunto es referir las nuevas persecuciones de aquellos nuevos cristianos por los años de 1614 hasta el fin de 1615, en Arima, Arie y Cochintzu, cuyas persecuciones tuvieron origen de la pasión gloriosa de ocho mártires que, porque no fuese el Fénix único milagro en la naturaleza, todos lo fueron en las llamas, renaciendo al cielo de sus cenizas mismas”. El relato del *Triunfo de la fe* sigue la crónica que le envió el misionero dominico fray Jacinto Orfanel, que fecha en 1615. Pero también se vale del relato geográfico del italiano Giovanni Botero, presente en sus *Relaciones y descripciones*, y en el del escritor portugués, de inspiración ascética, Amador Arraiz (Cummins). El punto de arranque es la decisión de Tokugawa Ieyasu, un ferviente budista, que se dejó embaucar por falsas acusaciones y erradas lecturas sobre la actividad de los misioneros. Delegó en Hasehawa para que se llevara a cabo su total exterminio. De hecho, el 27 de enero de 1614 proclamó en un edicto la expulsión de los misioneros, hostiles a los dioses venerados en Japón. Tal decreto supuso la desaparición de los católicos en Japón durante dos siglos y medio. Reunidos en Nagasaki fueron deportados a Manila y a Macao, pero unos cuarenta, ocultos bajo disfraces, no abandonaron Japón; otros volvieron ocultos bajo disfraces de mercaderes (Boxer y Cummins). Su sucesor Hidetada incrementó la persecución de los católicos con más ardor que su padre, con el fin de exterminarlos. Y la llevó a su extremo máximo, bajo la sospecha de un supuesto plan de que los misioneros españoles invadiesen Japón, su hijo Iemitsu, el tercer Shogun de la familia Tokugawa (Gil; Civil)



La muerte por crucifixión, decapitación y hoguera eran los medios más usados, precedidos por severas torturas. Ante la obstinación de los nuevos cristianos, la tortura se hizo cruel y

sofisticada. Originó que un buen número de creyentes renunciaran de su fe, entre los que se contaban algunos misioneros, como observa Lope en su relato. Se cree que entre 1597 y 1660 un trece por ciento de los católicos presentes en el Japón fueron martirizados. En los dos años en que se concentra el relato de Lope, sesenta y seis personas escogieron el martirio antes de renunciar a su nueva fe, yendo a la muerte con júbilo y entusiasmo ante la admiración de los propios misioneros. El relato del dominico fray Jacinto Orfanel, que muere martirizado, revela como él mismo interrogó a varios de los mártires cuyos dedos de las manos y de los pies habían sido cortados (Anesak; Deplace). Sobre él observa Lope:

Entre los que con mayor ánimo emprendieron este consuelo fue el Padre fray Jacinto Orfanel, dominico, de la provincia de Aragón, que llegando dos días antes a la ciudad de Arima, que a su contorno Cafior y Zuningandono confesó y dispuso las más de aquellas almas a cuyo tránsito dichoso y bienaventurado se halló presente, pasando la palabra de su venida y santo deseo por la relación de un cristiano, que ese día coronaron los ángeles por el heroico vencimiento de su fortaleza y martirio. Andaba este celoso Padre de aquel soberano triunfo por diversos lugares escondido, no rehusando la gloria del martirio por la muerte, sino por dar la vida a tantos cuantos pendían de sus consejos evangélicos, confesiones y promesas, que desde el cuchillo les libraba para la eterna vida y porque si él fuese hallado, no quedaría en todo el Japón religioso, ni sacerdote clérigo que no fuese preso y maltratado en daño del provecho, que a los nuevamente instruidos en los divinos preceptos se les seguía.

El día primero de junio de 1617, jueves, fray Alonso de Navarrete, acompañado del agustino Hernando de San José Ayala y del catequista japonés León fueron decapitados. Tales muertes incitó por la zona en torno a la ciudad de Nagasaki, donde existía una gran concentración de católicos, un gran fervor religioso. Así lo describe Aduarte en su *Historia* (II, 66-68): “Con la ayuda de estos religiosos y la sangre fresca de los mártires, Omura, que antes era un monte escabroso de cambrones y espinas, quedó hecho un jardín de deleites; ya rezaban y se confesaban y trataban de su salvación y aún se ponía a peligro de perder la vida por la fe, y si se atrevieran los tiranos a perseguirlos, hubiera muchos mártires”.

El encuentro de Japón con Occidente se puede datar por los años en que se funda la Compañía de Jesús, siendo sus misioneros los que primero llegaron a Japón. Hicieron suyo tal espacio, propicio para la propagación de la fe católica. De ahí que se opusieran a la presencia de nuevos misioneros pertenecientes a las llamadas Órdenes mendicantes; es decir, dominicos, agustinos y franciscanos. Sus razones estaban bien fundadas. De tal modo que el papa Gregorio XIII en su *Ex pastoralis officio* (1585) declaraba ser Japón espacio exclusivo para la labor evangélica de los jesuitas. Las razones argüidas por los jesuitas fueron refutadas con inteligencia por las órdenes mendicantes. Ignoraron el decreto del Papa y afirmaron que dada la extensión de Japón, no había suficientes misioneros para atender las necesidades litúrgicas de los fieles. Tal conflicto de intereses apostólicos originó el que se promoviese la propaganda sobre las labores llevadas a cabo por cada grupo de religiosos a favor de los nuevos conversos. Pero ya los jesuitas se habían adelantado en promocionar y comunicar sus buenas obras. De hecho, fueron los primeros en enviar una embajada a Europa alabando su labor. Los frailes mendicantes se sirvieron de cartas que enviaban a su casa, en Roma, y que veían la luz en *Annuae Iapanicae*. Tales noticias, procedentes de un mundo lejano y desconocido, se leían con avidez (Páges; Rose).²

² Un caso ejemplar fue el de João Tçuzu Rodrigues, jesuita portugués, quien trabajó como intérprete (“Tçuzu”) de la Compañía de Jesús en Japón, desde finales del siglo XVI hasta el principio del XVII. Fue autor de dos libros de gramática de la lengua japonesa de aquella época: *Arte da Lingoa de Iapam*, publicado en Nagasaki, en 1604-1608 y *Arte Breve da Lingoa Iapoa*, a modo de compendio del anterior. Vio la luz en Macau, en 1620. La



imprensa de los jesuitas en Nagasaki dio también a la luz una versión no literal del libro *Symbolo da Fee* o *Fides no Qvivo* (1611) publicado en caracteres japoneses desde el año 1590 hasta el 1614. El *Symbolo da Fee* es una traducción de la *Primera Parte de la Introducción del Símbolo de la Fe* de Luis de Granada (1504-88) (Miyoshi).

Pero los jesuitas sistemáticamente, y con gran éxito, propagaron sus logros evangelizadores. Eran hábiles en la redacción de cartas y epístolas, siguiendo las instrucciones de san Ignacio de Loyola. Era una parte de su adiestramiento en el ejercicio apostólico. El objetivo primordial era obtener recompensas y favores, ayuda económica, animar a sus propios misioneros y obtener voluntarios para el desarrollo de sus misiones. Como contrapunto a la labor propagandista de los jesuitas está, en el caso del *Triunfo de la fe* y de *Los primeros mártires del Japón*, el interés de los dominicos. Tales obras obedecían, pues, a un programa semejante: propagar su labor en tierras de Japón (Loures).

De hecho, en 1609, el padre General de los dominicos en Roma les pidió a sus frailes destinados en Japón y en las Filipinas enviasen informes anuales, bajo la pena de pecado mortal de no hacerlo, sobre la labor evangélica desarrollada y narrasen “todas las demás cosas, que pueden ser de honra a Dios, consuelo a los religiosos, ornato y hermosura de nuestra religión”. Pero ya los dominicos de Manila habían determinado en 1606, documenta en su edición Cummins (xxxiii), “se juntasen con diligencia todas las cosas memorables y dignas de ponerse en historia, que hubiesen sucedido en esta provincia, y en virtud de esto el padre provincial puso precepto formal a todos los religiosos de la provincia, que le escribiesen cada uno lo que en esta parte supiese, con toda fidelidad y verdad, y por esta vía se juntó algo, de lo que aquí queda referido, pero siempre es mucho lo que se queda sepultado en olvido” (Aduarte 327).

Los frailes dominicos fueron, pues, no menos hábiles en escribir *relaciones* sobre la labor llevada a cabo en Japón: persecuciones, torturas, crueldades, martirios, decapitaciones, etc. Escribían sus relatos estando incluso en prisión. Por ejemplo, fray Alonso de Mena le escribía a su Provincial en 1620: “En esta dichosa cárcel o paraíso, vi un precepto de V. R, en que mandaba que apuntase las cosas que fuesen para gloria de Dios y honra de la Orden”. Del mismo modo, fray Francisco Morales detallaba desde su prisión el sufrimiento de los perseguidos en defensa de la Fe. Y a partir del martirio de fray Alonso Navarrete se consideró y ordenó bajo voto de obediencia el detallar los hechos sucedidos. A veces tales relaciones llegaban acompañadas de retratos y reliquias de los martirizados. La espada usada en la decapitación de fray Alonso fue comprada al verdugo por ciento cincuenta escudos y enviada a España como reliquia; lo mismo sus hábitos empapados en sangre. De Madrid fueron trasladadas al convento de san Pablo de Valladolid en donde, a finales del siglo XVIII aún se conservaban como uno de los tesoros de la comunidad, escribe Cummins (xxxv).

Los testimonios que le llegaron a Lope para documentar y escribir el *Triunfo de la fe* procedían de Japón, vía las Filipinas. Así lo hace saber: “Escribo los martirios no testigo de vista, que no fue mi dicha tanta, pero por relaciones de algunos Padres que me las enviaron desde Manila, a efecto que en el estilo con que he nacido las publicase” (“Prólogo”, *Triunfo de la fe*, 15-16). Y lo mismo le hace saber al duque de Sessa en carta escrita a mediados de julio de 1617: “Mi estudio estos días ha sido una historia de unos mártires, o digamos *Relación*, a que me he obligado haberme escrito unos Padres desde el Japón” (*Epistolario*, I, núm. 326). Su fuente de información es la carta que, con fecha del 28 de marzo de 1615, escribe el fraile dominico fray Jacinto Orfanel. Su objetivo es que se sepan “las maravillas que el señor obra por acá”. Le envía una copia al Prior de Manila para que este la envíe a España. El fraile valenciano Orfanel, había tomado el hábito de dominico en el convento de Santa Catalina, Mártir, en Barcelona, en 1595. Nueve años después fue enviado a las Filipinas, pasando a Japón en 1607. Fue arrestado el 25 de abril de 1621 y pereció quemado el 10 de septiembre de 1622 (Aduarte 140-55).

El más probable contacto de Lope en Madrid sería el canónico Pedro Fernández Navarrete, autor, como vimos, de la *Conservación de monarquías*, hermano de fray Alonso Navarrete y primo de fray Alonso de Mena, también mártir en Japón. Nadie mejor que Lope

podría dejar reflejado “en el estilo con que había nacido” las vicisitudes de tal efeméride, con gran distinción para la ilustre familia de los Navarrete y para los frailes de la Orden de su hermano: los dominicos. A tales motivos se refiere en el *Triunfo*, no haciendo mención a los jesuitas, con quienes no se sentía tan favorecido. De hecho, en el momento que Lope escribe el *Triunfo*, en diciembre de 1617, se queja al duque de Sessa sobre la ambiciosa expansión de la Compañía en propiedades lindando su casa: “Hasta agora no nos han quitado la casa estos Padres; que la de los lados son las que más han menester; y aunque entraron con cohetes, no quieren que sea a fuego y sangre ...” (*Epistolario*, II, núm. 357). Sin embargo, la información existente, procedente de las plumas de los jesuitas, estaba tan a la mano, por abundante (de Pedro Morejón y de Luis Piñeyro), que probablemente Lope también se valió de sus testimonios, bien de oídas o sacados de breves relatos en circulación por la Corte.³

De acuerdo con Cummins, Lope sigue muy de cerca el relato de Orfanel, escrito en 1615, desviándose cuando incluye el testimonio de otros frailes o cuando los altera con elementos ficticios. Lo muestra al observar: “...se partió a Arima, donde de la sangre de tantos mártires traía hecho un jaspe del español Domingo”, comparándola con el relato de Orfanel: “Yo me fui a Arima, donde fue el martirio de los santos, del cual me hallé tan cerca que casi puedo decir que me volví salpicados los vestidos con su sangre”. Cummins compara otros fragmentos de la versión del relato de Orfanel, pese a que Lope no lo menciona, con la de *Triunfo de la fe*. A estas alturas (1617) Lope ha pasado el meridiano de su vida. Consagrado sacerdote en 1614, con un impresionante texto de arrepentimiento, como son las *Rimas sacras*, se ve envuelto en una apasionante atracción hacia Amarilis (Marta de Nevares), con quien vive y convive teniendo una hija de estas relaciones, dando al traste con las promesas de nueva vida. El *Triunfo de la fe*, en su cruenta descripción de los martirios sufridos, se hace eco de quien escribe: un acto de penitencia y de contrición, sumido en un vaivén de pasiones opuestas.⁴

El otro referente de candente inmediatez, del que se hace eco el *Triunfo de la fe*, es el polémico escrito titulado *Spongia* que, escrito en latín para ofuscación de Lope, dada la asumida ignorancia que, de acuerdo con sus detractores, tiene de esta lengua, firma Torres Rámila. La obra sale en Alcalá, en el verano de 1617. Al ataque se une Cristóbal Suárez de Figueroa, entre otros. La sátira tuvo su réplica (*Expostulatio Spongiae*) por parte del Fénix y de sus amigos. Una de ellas se incluye en el *Triunfo de la fe*. Torres es descrito como “Infelícísimo latinizador y Lepidum capuz”; de cómo sus secuaces “se dan a conocer con latín bárbaro”, pues “no sabiendo su lengua, califican sus papeles con grecismos”. Lope es referido por Torres como “el metrificador”, calificativo que tiene en cuenta devolviéndolo de forma denigrante en el *Triunfo*: “Bien se pudiera dar esta relación a las Musas, y hacer a Clío metrificadora, como dijo el Onagro Silenio en su ridícula *Spongia*”.⁵ Es decir, si bien pudo escribir el *Triunfo* en verso, prefirió hacerlo en prosa, que califica de histórica. Los ecos se extienden a la moda de los culteranos: “en este tiempo ... las Musas andan tan deseosas”.⁶ Pero había otro motivo detrás de la escritura de *Triunfo*: el dar a conocer los sucesos

³ Véanse en general los ya citados escritos de Gerónimo Gascón de Torquemada y Luis Cabrera de Córdoba.

⁴ Véase la introducción a las *Rimas sacras* de Lope escrita en colaboración conjunta con Antonio Sánchez Jiménez y la compilación de ensayos llevada a cabo por Julián Olivares.

⁵ Sobre la polémica en torno a la *Expostulatio Spongiae* véase Entrambasaguas (I, 63-580; II, 10-411); también la aportación de Tubau y las observaciones de Sánchez Lailla.

⁶ Ya en la epístola dirigida a Baltasar de Barrionuevo crítica Lope a los practicantes de la “nueva poesía”. Unos son poetas tagarotes, “que apenas imagino cómo vuelan, / y cuyas musas tejen chamalotes”. Y hay “Otros que por lo hinchado se desvelan / tundiendo el palo al mar, / frizando el polo, / y con decir que es tropo se arrodelan”. Y en cuanto a la poesía; “También hay poesía que se pega / de tratar un amigo como sarna, / y que toda en vinagre se trasiega”. Véase *Rimas humanas y otros versos*, núm. 247, vv. 113-114; 115-117; 145-147.

acaecidos allende los mares: “aquellas hazañas, que por ser tan frescas en el otro Polo aún no han llegado al nuestro; que puesto que los ejemplos de la pasada memoria, llenos de antigüedad, y de dignidad, tanto traigan de autoridad para probar, y de deleite para oír; no menos confirman la verdad que se prueba, los que con imitarlos después de tanta distancia, sienten lo mismo”.⁷

El relato de Lope no solo se vale de la extensa carta escrita por Jacinto Orfanel; también de las noticias de éste que recoge fray Diego Collado en su *Historia eclesiástica de los sucesos de la Cristiandad de Japón ... 1602-20*, que ve la luz en Madrid, en 1633. En su introducción sobre Japón sigue casi al pie de la letra, documenta Cummins (xli), el relato de Giovanni Botero, en su *Relatione universalis* (Venecia, 1595), parcialmente traducida al castellano en 1603 por Diego de Aguilar con el título de *Relaciones universales*. Otra referencia importante, citada en el “Prólogo” del *Triunfo* son los *Diálogos* del fraile carmelita portugués, fray Amador Arraiz, a quien Lope admira sobremanera. Vieron la luz en Coimbra, entre 1589 y 1604. Lope copia directamente pasajes de Arraiz a lo largo del *Triunfo*, con una mención directa: “aquel famoso ingenio lusitano Amador Arraiz, y amorador de todas buenas letras, y amado de todos los hombres que las profesan”. Y sobre el mismo continúa Lope:

Y dijo divinamente aquel famoso ingenio Lusitano Amador Arraiz, y amorador de todas buenas letras, y amado de todos los hombres que las profesan, que tres cosas andaban juntas y ligadas entre sí, que no se podían apartar la una de la otra: la Religión, la Providencia y la inmortalidad del alma. Porque, si fuera mortal, no hubiera premios ni penas de las buenas o malas obras, pues en este mundo todo está confuso y revuelto, y de todo triunfa la violencia y tiranía. De donde se seguiría, que si Dios no curase de nosotros, y nuestras almas acabasen con los cuerpos, el culto divino, la piedad y religión serían cosas vanas. Lo cual es falso, pues consta que todas se rigen por el consejo de la mente divina, como se ve claro en la orden constante y perpetua del universo.

Otras referencias son las tomadas del libro *Moralia* de Plutarco, en traducción de Diego Gracián, de la *Officina* de Ravisius Textor, que Lope manejó con frecuencia, de la vida de santos mártires, algunos de ellos ya mencionados en las *Rimas sacras* —san Pedro mártir, san Lorenzo, los santos Justo y Pastor, san Sebastián—, que sale tres años antes (1614). Y no menos presente el sentimiento moral propio de la época. Así los nuevos mártires se podían equipar con los primeros mártires de la era cristiana, tal como Adrián: “Adrián, que puede justamente alzar la frente al verde laurel de aquellos antiguos mártires de la primitiva iglesia”. Y no menos presente el sentimiento de perennidad, apoyado en la autoridad: “y, como dijo un Filósofo, no se ha de temer el morir, como no se teme el nacer, de cuya consideración están llenos tantos libros; y los Sabios, que cuando se nace se comienza a morir, y toda la vida es muerte, siendo ignorancia pensar que el que murió accidentalmente tenía más vida, como lo dijo Séneca, que aunque gentil, si le hubieran leído aquellos hombres no la estimaran tanto, que la antepusieran a la felicidad de tanta gloria, aunque no fuera por más de no tener aquel arrepentimiento por todo el discurso la vida, que de las cosas mal hechas es una dilatada muerte”.

⁷ Escribe Lope en los “Preliminares” de la *Jerusalén conquistada*: “Y si las historias modernas están tan llenas de opiniones, que en las que escribieron de sus tiempos algunos famosos hombres, con ser testigos de vista, se hallan tantas contrariedades en un mismo suceso, cuánto serán más diversas en las que escribieron de las antiguas, tantos años olvidadas de la común memoria de los hombres” (25-26). La historia es el discurso de los vencedores, se ha dicho. Los sucesos tienen lugar pero lo que ocurre se complica con el qué sucede, cómo sucede y, sobre todo, por quién narra lo que sucedió. El acercamiento al hecho, a lo real, anterior a su textualidad, tiene también como motivación y como subtexto el inconsciente político. El lector, el espectador, el que lleva a las tablas un texto con postulados históricos es un lector y no menos un intérprete de la historia. Sus alegrías nos llevarían a la política detrás de todo acto de lectura. Véase Jameson (35).

Cummins muestra profusamente varios pasajes en que Lope reproduce, enriquece y expande el relato de Orfanel, la más directa fuente de datos presentes en *Triunfo de la fe*. Orfanel describe, por dar un ejemplo: “Venido el jueves, a las nueve del día, como ya comenzasen a examinar los cristianos, lavándose la cabeza y el cuerpecito . . .”. Lope parafrasea el dato preciso de Orfanel y lo expande imaginativamente: “Venido el día que fue Jueves, como ya comenzasen el examen de los cristianos, y le alterase el ruido y confusión de las voces y de las armas, lavándose la cabeza y el cuerpecito en el mar. . .”. La “escalera de piedra” situada a las afueras de la iglesia católica de Kuchinotsu es “escalera de mármol” en Lope, documenta de nuevo Cummins. En otros casos, Lope altera radicalmente las versiones de Orfanel con el fin de conmover y edificar a sus lectores. Omite por ejemplo los escandalosos casos de pederastia cometidos con los nuevos convertidos, una práctica común entre la clase militar japonesa.



Los relatos de martirologios, o la referencia a quienes padecieron martirio, eran parte no solo de la iconografía sacra sino también del culto litúrgico, del santoral y de la tan extendida devoción por las reliquias. El motivo lo realza Lope en la *Corona trágica* en donde la muerte de la reina escocesa María Estuardo, decapitada, fue movida no solo por razones políticas pero también religiosas. En este sentido es de destacar *La historia de la persecución de Inglaterra* (Madrid, 1599) de Diego de Yepes y once años antes *Los mártires de la Reforma en Inglaterra* de F. Herrera Alemán. El objetivo de Lope es claro: “mi asunto es referir las

nuevas persecuciones de aquellos nuevos cristianos por los años de 1614 hasta el fin de 1615”.⁸

⁸ Véase también Sicardo y Lares.

Obras citadas

- Aduarte, Diego. *Historia de la provincia del Sancto Rosario de la Orden de Predicadores en Philippinas, Iapon y China....* Manila: Colegio de Sa[n]cto Thomas, por Luis Beltrán impressor, 1640.
- Anesak, Masaharu. "Psychological Observations on the Persecution of the Catholics in Japan in the Seventeenth Century." *Harvard Journal of Asiatic Studies* 1.1 (1939): 13-27.
- Arraiz, Frey Amador. *Dialogos*. Coimbra: Officina de Diego Gomez Loureiro, 1604.
- Barlés Báguena, Elena. "El arte japonés desde la mirada de los misioneros cristianos durante el Siglo Ibérico en Japón (1543-1640)". http://www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/mzcalvo/Congreso_Japon/Resumen.html. Consultado el 16 de octubre de 2013.
- Bolitho, Harold. "The Han". *The Cambridge History of Japan*. Ed. John Whitney Hall. Cambridge: Cambridge University Press, 1991. 183-234.
- Bowring, Richard y Peter Kornicki. *Encyclopedia of Japan*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Boxer, Charles Ralph. *The Christian Century in Japan, 1549-1650*. Cambridge University Press, Londres, 1951.
- y J. S. Cummins. "The Dominican Mission in Japan (1602-1622) and Lope de Vega". *Archivum Fratrum Praedicatorum* 33 (1963): 5-88.
- Brown, Judith. "Courtiers and Christians: The First Japanese Emissaries of Europe". *Renaissance Quarterly* 47.4 (1994): 872-906.
- Cabrera de Córdoba, Luis. *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid: Imprenta de J. Martín, 1857.
- Carreño, Antonio. "Lope de Vega y el ciclo de iuventute". *Iberorromania* 56 (2002): 4-32.
- Carrero, Francisco. *Triunfo del Santo Rosario y Orden de Santo Domingo en los reinos de Japón desde el año del Señor 1617.1624*. Ed. José Delgado. Madrid: Alvarez y Serling, 1993.
- Civil, Pierre. "L'actualité des martyrs de la foi: le Triunfo de la fe en los reinos de Japón de Lope de Vega (1618)". *L'actualité et sa mise en écriture aux XVe-XVIe et XVIIIe siècles: Espagne, Italie, France et Portugal*. Ed. Pierre Civil y Danielle Boillet, 2006. Paris: Presses Sorbone Nouvelle, 2006. 191-202.
- Congreso Internacional: Congreso Internacional. Japón y el Siglo de Oro español: relaciones e influencias*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Mayo, 2012.
- Cummins, J. S. "Lope de Vega e Amador Arrais". *Colóquio* 27 (1963): 33-35.
- Deplace, Luis. "Japanese Martyrs". *The Catholic Encyclopedia*. Ed. Remy Lafort. Vol. 9. Nueva York: Encyclopedia Press, 1913-1922.
- Entrambasaguas, Joaquín de. *Estudios sobre Lope de Vega*. 3 vols. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1946-1958.
- Fernández Gómez, Marcos. "Estudio introductorio". *La embajada japonesa de 1614 a la ciudad de Sevilla*. Ed. Concepción Camarero. Sevilla: Comisaría de la Ciudad de Sevilla, 1992. 10-47.
- Fernández Navarrete, fray Pedro. *Conservación de monarquías y discursos políticos. Sobre la gran consulta que el Consejo hizo al Señor Rey don Felipe III*. Madrid: Real Academia Española (Biblioteca de Autores Españoles, XXV), 1947. 449-546.
- Gascón de Torquemada, Gerónimo. *Gaçeta y nuevas de la Corte de España desde el año 1600 en adelante*. Ed. Alfonso de Ceballos-Escalero y Gila. Madrid: Industrias Gráficas Caro, 1991.

- Gil, Juan. *Hidalgos y Samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Jameson, Fredric. *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*. Ithaca: Cornell University Press, 1981.
- Kamen, Henry. *Empire: How Spain Became a World Power, 1492-1763*. Nueva York: Harper Collins, 2003.
- Kentaro, Miyazaki. "Roman Catholic Mission in Pre-Modern Japan". *Handbook of Christianity in Japan*. Ed. Mark R. Mullins. Boston: Brill, 2003. 1-18.
- Laures, Johannes, S. J. *The Catholic Church in Japan. A Short History*. Tokio: E. Tuttle, Tokio, 1954.
- Lee, Christina H., ed. Lope de Vega, *Los mártires de Japón*.
- Martínez Comeche, Juan A. "Edición crítica de la *Isagoge* de Lope de Vega". *Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro*. Eds. Ignacio Arellano y Jesús Cañedo. Madrid: Castalia, 1991. 329-65.
- Miyoshi, Jun-Nosuke. "João Tçuzu Rodrigues y el sistema honorífico de la lengua japonesa". http://www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/mzcalvo/Congreso_Japon/Resumen.html. Consultado el 17 de octubre de 2013.
- Morejón, S. J. Pedro. *Relación de la persecución que vuo en la yglesia de Iapon y de los insignes Martyres, que gloriosamente dieron su vida en defensa de nra santa Fé. Año de 1614 y 1615*. México: Ioan Ruyz, 1614 y 1615.
- Nyki, A. R. "Los primeros mártires del Japón y Triunfo de la fe en los reinos del Japón". *Modern Philology* 22.1 (1925): 305-23.
- Olivares, Julián. *Estudios sobre la poesía Iberoamericana del siglo XVII*. Universidad de Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010.
- Orfanel, Jacinto. *Historia eclesiástica de los sucesos de la Christiandad de Japón, desde ...1602 ...hasta 1620. Compuesta por el P. fray Jacinto Orfanel, ... Y añadida por el P. fray Diego Collado*. Madrid: 1633.
- Páges, Leon. *Histoire de la Religion Chrétienne au Japon depuis 1598 jusqu'à 1651*. 2 vols. Paris: C. Douniol, 1869-1870.
- Pazó Espinosa, José. "Shusaku Endo y la reconstrucción de un vacío histórico". http://www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/mzcalvo/Congreso_Japon/Resumen.html. Consultado el 16 de octubre de 2013.
- Ravisius Textor, Johannes. *Officinae epitome*. 2 vols. Lyon: Sebastian Gryphius, 1560.
- Rose, Andrew C. A. *Vision Betrayed. The Jesuits in Japan and China (1542-1742)*. Cambridge: Edinburgh University Press, 1994.
- Sadler, Arthur Lynsay. *The Maker of Modern Japan. The Life of Tokugawa Ieyasu*. Londres: Routledge Library Editions, 1937.
- Sánchez Laíla, L. "'Oh estudio liberal, discreto amigo': Lope y la apología del sabio". *Anuario Lope de Vega* 14 (2008): 291-342.
- Sicardo, José. *Memorias sacras, de los mártires de las ilustres religiones de Santo Domingo, San Francisco, Compañía de Jesús y crecido número de seglares; y con especialidad de los religiosos del Orden de Augustín*. Madrid: F. Sanz, 1698.
- Simón Díaz, José. "Encuentros del Cardenal F. Barberini con Lope de Vega y con el príncipe de Esquilache en Madrid, 1626". *Homenaje al Cardenal Tarancón*. Madrid: Academia de Arte e Historia de San Dámaso, 1980. 289-316.
- "La estancia del cardenal legado Francesco Barberini en Madrid el año de 1626". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XIII (1980): 159-213.
- Solá-Castaño, Emilio. *Historia de un desencuentro: España y Japón, 1580-1614*. Madrid: Fugaz Ediciones, 1999.

- Trueblood, Alan S. "The *Officina* of Ravisius Textor in Lope de Vega's *Dorotea*". *Hispanic Review* 32 (1964): 305-18.
- Tubau, Xavier. *Una polémica literaria: Lope de Vega y Diego de Colmenares*. Madrid: Iberoamericana, 2007.
- Tronu Montané, Carla. "Mercaderes y frailes castellanos en el Japón del Siglo de Oro". http://www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/mzcalvo/Congreso_Japon/Resumen.html. Consultado el 16 de octubre de 2013.
- Vega Carpio, Lope de. *Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso*. Ed. de Francisco Cerdá y Rico. 21 vols. Madrid: Imprenta de Antonio de Sancha, 1976-1979.
- . *Epistolario*, I (1604-1633). Ed. Antonio Carreño. Madrid: Biblioteca Castro, 2008; vol. II. Madrid: Biblioteca Castro (en prensa).
- . *La Dragontea*. Ed. Antonio Sánchez Jiménez. Madrid: Cátedra, 2007.
- . *La Filomena con otras diversas rimas, prosas y versos. Obras completas. Poesía IV*. Ed. Antonio Carreño. Madrid: Fundación Antonio A. de Castro, 2003. 1-349.
- . *Isagoge*. Ed. Juan A. Martínez Comeche. *Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro*. Eds. Ignacio Arellano y Jesús Cañedo. Madrid: Castalia, 1991. 329-365.
- . *Isidro*. Ed. Antonio Sánchez Jiménez. Madrid: Cátedra, 2010.
- . *Jerusalén conquistada*. Ed. Antonio Carreño. Madrid: Biblioteca Castro, 2003.
- . *Los mártires del Japón*. Ed. Christina H. Lee. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2006.
- . *Rimas humanas y otros versos*. Ed. Antonio Carreño. Barcelona: Crítica (Biblioteca Clásica, 52), 1998.
- . *Rimas sacras*. Ed. Antonio Carreño y Antonio Sánchez Jiménez. Madrid: Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vevuert, 2006.
- . *Triunfo de la fe en los reinos del Japón por los años de 1614 y 1615*. Madrid: Viuda de Alonso Martín-A. Pérez, 1618.
- . *Triunfo de la fe*. Madrid: Viuda de A, Martín, 1618 [edición apócrifa del Conde de Salceda, 1744-1747].
- . *Triunfo de la fe en los reinos de Aragón. Colección de las obras suelta, así en prosa como en verso, de don frey Lope de Vega Carpio, del hábito de San Juan*. Ed. Francisco Cerdá y Rico. Vol. 17. Madrid: Antonio de Sancha, 1778. 95-204.
- . *El triunfo de la fe en los reinos del Japón*. Ed. J. S. Cummins. Londres: Tamesis, 1965.
- . *El triunfo de la fe en los reinos de Japón. Obras no dramáticas de Lope de Vega*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, XXXVIII, 1916. 159-180.
- . *La Virgen de la Almudena. Poema histórico. Obras completas. Poesía, V*. Ed. Antonio Carreño. Madrid: Biblioteca Castro, 2004. 1-45.